

COMO en 1965, cuando mi primera visita a China, Pekín conoce también este año un invierno sin nieve y más bien suave. Por aquel entonces, la clemencia del tiempo favorecía el que se celebrasen grandes manifestaciones populares contra los bombardeos americanos de Vietnam del Norte. En esta ocasión, el tímido sol de enero anima a los habitantes de Pekín, y más aún, a los de Shangai, a pasearse y relajarse. En 1978, China parece, antes que nada, replegarse sobre sí misma para, de acuerdo con el nuevo "slogan", "emprender un nuevo salto al frente en todos los campos".

Sin embargo, esta aparente ausencia de interés por los asuntos internacionales no logra ocultar la gran preocupación que inspiran a los dirigentes chinos —aunque la misma no aparezca en las publicaciones oficiales que recibimos en el Oeste— la estrategia actual de los Estados Unidos. Según los chinos, USA se esfuerza en orientar el expansionismo soviético hacia el Este, enfrentando a la URSS con China. Es una acusación grave que se apoya en un análisis de conjunto de la crisis económica en Occidente y de las responsabilidades específicas, en esta situación, de la nueva Administración norteamericana de Jimmy Carter. No resultará vano explicar cómo llegó a mi conocimiento ese nuevo "dossier" antiamericano.

Dos sorpresas me esperaban a mi llegada a Pekín. La primera es que el personal gubernamental encargado de las relaciones con los extranjeros apenas había cambiado desde mis viajes anteriores a China —en 1965 y 1971—, a pesar de los grandes acontecimientos registrados por el país en los últimos años. La segunda cosa que me sorprendió fue que mis interlocutores de entonces, "viejos conocidos", no insistiesen en las críticas que tenían que hacerme por mis libros o mis artículos, y que prefiriesen, en su lugar, recordarme que Chu En-lai me había concedido, en marzo de 1965, una "larga e importante entrevista". Uno de ellos llegó a afirmar incluso que, en 1971, el ex primer ministro había deseado concederme una segunda entrevista, pero que la "ultrasectaria banda de los cuatro" había conseguido impedirlo. De este testimonio impreciso yo sólo deduciría una cosa: que la acogida favorable de que era objeto en 1978 se la debía a la protección póstuma de Chu En-lai.

Este privilegio relativo me permitió conocer a responsables menos importantes ciertamente que los que se entrevistaron con el primer ministro francés Raymond Barre, pero al mismo tiempo más libres a la hora de expresar opiniones que con toda seguridad no eran únicamente personales.

En mis viajes anteriores había



Hua Kuo Feng, en la plaza de la Paz del Cielo, de Pekín: ¿un posible pacto de no agresión con la URSS?

PEKÍN: "DESCONFIEN DE CARTER"

ENTRE DOS SONRISAS PARA FRANCIA, LOS CHINOS HAN MANIFESTADO A K. S. KAROL SUS NUEVAS QUEJAS RESPECTO A LOS NORTEAMERICANOS.

K. S. KAROL

tenido ya la suerte de encontrar a algunos chinos apasionados por los problemas internacionales y que habían demostrado a veces, en sus análisis, una extraordinaria clarividencia. Así, en 1971, me habían enunciado la inminencia de la "gran tempestad" monetaria —que iba a estallar, en efecto, algunos meses más tarde—. Esta apariencia me enseñó a tomarme en serio determinadas previsiones de los expertos chinos. Pues bien, hoy los chinos se muestran muy pesimistas respecto de la situación en Occidente.

"Preguntamos a un senador norteamericano —me explica uno de estos expertos— qué significa exactamente la 'estagflación'. Nos respondió que se trataba de un fenómeno muy grave e importante, pero no supo darnos una definición precisa. Ahora bien, ¿cómo se puede combatir una enfermedad si no se sabe siquiera definirla?"

Conscientes de estar afectados por tan misteriosa enfermedad, los Estados Unidos se comportan, según mis interlocutores de Pekín, como un gran imperio en decadencia. Quieren descargar sus dificultades sobre otros países industrializados, pero más débiles que ellos; al mismo tiempo, al no atreverse ya a hacer frente a su principal competidor, la URSS, tratan de manipularle mediante concesiones, promesas y amenazas sin fundamento.

¿Pruebas? Los americanos hacen funcionar su máquina de hacer billetes de modo totalmente irresponsable y utilizan su dólar flotante como un arma comercial contra sus competidores, recurriendo, para colmo, a medidas proteccionistas capaces de bloquear las demás economías. En el pasado, ese tipo de rivalidades entre países capitalistas desembocaban, antes o después, en enfrentamientos militares. Ahora, el peligro de guerra es tanto más grave cuanto que otro país en crisis, la URSS, intenta encontrar, en el expansionismo, la solución a sus insuperables dificultades internas.

Enfrentados a tan voraz rival, los Estados Unidos recurren, sobre todo, a la estratagema de ablandarlo o empujarlo hacia objetivos por los que se interesa menos (en África, por ejemplo). Recientemente, según mis interlocutores, el Presidente de Estados Unidos hizo una declaración todavía más "escandalosa" sobre el peligro de un enfrentamiento militar entre los soviéticos y los chinos en el cuerno de África. "Sabe, sin embargo, que China no tiene ningún soldado en el extranjero y que no es ese país quien transporta toneladas y toneladas de armas por un puente aéreo en dirección a Etiopía".

Los chinos aducen diversas razones para este "inexplicable" comportamiento norteamericano. En

primer lugar, dicen, el equipo de Carter cuenta en su seno con muchos antiguos oponentes de China y no está interesado en la normalización de las relaciones entre Washington y Pekín. "Le hemos comprendido a raíz de la decepcionante visita de Cyrus Vance a nuestro país. Lo hemos constatado después viendo cómo el Gobierno americano obstaculizaba el comercio con China bajo el pretexto ridículo de que ciertos equipos tecnológicos podrían utilizarse para fines militares (cosa que puede aplicarse a cualquier equipo). Y todo ello se inserta muy bien en una política de conjunto que trata de lanzar a los soviéticos contra nosotros, haciéndoles creer que China es una tajada fácil de tragarse".

Este discurso va siempre acompañado de ciertas consideraciones sobre el pasado de otros imperios en decadencia, como el Imperio británico a fines del siglo XIX y sobre todo a finales de la segunda guerra mundial. Se publican actualmente en Pekín, según me dijeron, ciertos escritos de Marx sobre la connivencia entre el Gobierno británico de entonces y la expansionista Rusia de los Zares. Para Marx, el "gendarme zarista", encargado del mantenimiento del orden en Europa, fue inventado por el Gabinete británico, que no deseaba intervenir directamente en el continente. Todos sabemos cómo terminó aquello...

Pero, detrás de estas analogías extraídas de la Historia, existe entre los chinos la preocupación real de no sufrir los costes de un nuevo reparto del mundo entre dos superpotencias que se debaten en graves crisis internas. Contrariamente a lo que se dice tantas veces aquí, China no pide ayuda económica a Europa ni a nadie. Busca, ante todo, apoyos políticos que, piensa, redundarían, además, en beneficio de los propios países europeos. Aunque tiene también otra arma en reserva, hay que excluir una reconciliación entre la China de Hua y las URSS de Brejnev, pero no un pacto de no agresión, que normalizaría de alguna manera las relaciones entre los dos Estados. Nadie me ha dicho, en Pekín, que tal pacto estuviese en el orden del día, y mucho menos en curso de negociación; pero, a fuerza de insistir en la perfidia de Carter y en la capacidad de China para frustrar sus manobras, mis interlocutores me han hecho intuir que algo de ese tipo podría producirse en un futuro no demasiado lejano.

Hace trece años, en un contexto totalmente distinto, Chu En-lai me anunció que "los americanos recibirán alguna sorpresa" si tratan de explotar la rivalidad entre la URSS y China. Curiosamente, esta vez me ha parecido oír un retintín de campanas semejante. ■ • "Le Nouvel Observateur".